



La pérdida.

Javier Herrera Palma

-Venezuela-



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

En los primeros años de la adolescencia, como suele suceder en nuestra vida, llegué a conocer la joven que en ese momento llegué a considerar la criatura más hermosa que jamás había visto.

Padeciendo de una timidez absoluta, me resultó increíble cuando le dije que se había transformado en el motivo de todas mis intranquilidades y mis insomnios. No recuerdo como llegué a decirle, pero se convirtió en el primer gran amor de mi vida.

Siendo de un carácter romántico en extremo, melancólico y soñador a morir, admirador de los grandes poetas de la antigüedad, había leído un considerable volumen de ellos y sin darme cuenta y sin saber cómo, empecé a crear los primeros versos de tal manera que fue el inicio de la creación de mis primeros poemas imperfectos y quizás cargados de una cursilería superlativa, pero que, para aquella joven, el hecho de ser creados e inspirados en su honor, le producía cierto orgullo y complacencia.

Recuerdo que un cuaderno escolar que había dedicado para esos fines, se fueron llenando página tras página hasta que llegaron a convertirse en más de trescientos. Las novelas de grandes amores fueron entonces mis libros de cabecera y llegué a devorarlos con un apetito que me mantenía inmerso en una nube de fantasías donde el tiempo estaba detenido.

Cuando desperté de ese sueño, habían pasado cinco años en un abrir y cerrar de ojos, solo interrumpido cuando mi amada se había volado con otro romance secreto que le calentaba el oído y del cual no llegué a darme cuenta, sino cuando el acto estaba consumado y la joven se había escapado con su oculto pretendiente.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, nadé sumergido en un océano de alcohol tratando de ahogar la pena mientras que la ranchera que se escuchaba en el fondo del bar de mala muerte, repetía una



y otra vez "Porque sé que de este golpe ya no voy a levantarme y aunque yo no lo quisiera voy a morirme de amor..."

Extrañamente no llegué a morir de amor, pero esa se convirtió en la primera raya de la que sería con el paso del tiempo, una más dibujada en la piel de un tigre.

Iniciando el viaje

Acababa de cumplir los treinta y había llegado a la conclusión, que debía agarrar mi maleta de sueños y armar carpa en otro lado como algún día en el pasado lo había hecho uno de mis ancestros al otro lado del mundo, con paisaje de dunas y caravanas de camellos. Varios hechos que se conjugaron y alineación de astros, finalmente me hicieron llegar a esa ineludible conclusión.

Cuando estaba pequeño, una habilidad innata para el dibujo, acompañada de una facilidad para las matemáticas, hacía decir desde que tengo memoria a los parientes cercanos, "Este va a ser el arquitecto de la familia". El pensamiento condicionado y repetido infinitas veces, se va escribiendo en los surcos de la memoria, adquiriendo una persistencia que, a la final, llega a convertirse casi en un componente genético.

Tan pronto estuve en el tiempo y lugar de entrar a la elitista Facultad de arquitectura, comencé a realizar mis exámenes de admisión, en aquella época signados por las recomendaciones y las influencias políticas, hasta que por cosas del destino y la aparente exagerada corrupción de las autoridades universitarias, hizo enviar desde la capital un rector para poner orden y éste citó a exámenes y clasificación por estrictas notas obtenidas y fue en ese momento finalmente, cuando pude después de dos años y medio, entrar por fin a la dichosa facultad, para aquellos tiempos, una de las mejores del país.

Uno de sus catedráticos había sido discípulo de Frank Lloyd Wright, considerado padre de la arquitectura moderna. Ocho de sus obras fueron declaradas patrimonio de la humanidad por la Unesco, siendo figura destacada en ese campo en el país del norte. Autor de la conocida "Casa de la cascada", lo mismo que el Museo Guggenheim, en Nueva York.

El graduarme con altísimas notas, éstas, sin embargo, no fueron argumentos suficientes para ingresar a alguna oficina de Arquitectos y decidí entonces probar suerte en otro país. Entré a un país vecino que gozaba en ese momento de una de las mejores economías de la región con documentos de turismo. Si deseaba permanecer más tiempo, necesitaba regularizar mi situación de permanencia.



Si deseaba trabajar era urgente regularizar la situación legal, si era que deseaba laborar en mi área. Me dispuse a aprovechar el poco tiempo disponible con los permisos obtenidos, para poner todo en orden. Una amiga me citó en una cafetería cerca a su casa, para darme orientación y ponerme a la vez en contacto con una persona que podía ayudarme en ese sentido. Al estar sentado allí y mirar con desespero el paso lento de cada minuto, una pequeña pelotita de papel me golpeó el brazo, proveniente de algún lado. La segunda vez que sucedió, me hizo mirar hacia el sitio de su posible procedencia y una sonriente joven, quien aparentemente esperaba alguien, celebraba su acertada puntería.

Una de las cualidades que poseo, quizás por los años de entrenamiento académico y en parte, por cualidades heredadas, es la de observar en una sola mirada, propia de un avanzado escáner, la más detallada descripción del objetivo y si se trata de una joven, desde muy arriba en la frente hasta las uñas de los pies con una sola mirada. No estaba mal. Blanca, cabello largo, rizado y negro e inquietos ojos verdes. Dientes pequeños, casi infantiles que le daba a su sonrisa cierto aire de picardía.

En vista de las circunstancias, me acerque y comenzamos a conversar sobre cualquier tema sin trascendencia, situación propia de las primeras de cambio, un estudio de ambas partes, sobre posibilidades, pro y contra y el respectivo uso del viejo truco de la galantería de parte y parte.

En ese primer momento, me sorprendió una cualidad que aún no estaba seguro si era una infinita astucia o una exagerada inteligencia, pero, de hecho, de ese día en adelante, conversamos telefónicamente varias veces al día...

La chica misteriosa

Es fácil deducir que, al poco tiempo, un par de solitarios terminasen involucrados sentimentalmente. Ella venía de la provincia y estaba sola en medio de la gran ciudad. Esta hospitalaria ciudad aún no había sido destruida por un modelo económico que solucionaría en teoría todos los problemas, ni siquiera éstos tenían en sus mentes, extender sus tentáculos más allá del oceano.

Tiempo después me enteré que la agraciada joven, era sobrina del presidente del congreso en ejercicio, quien a su vez era directivo del partido gobernante y ocupaba la presidencia del Congreso. La joven procedía, como muchas veces sucede, seguramente de la rama de menos recursos del encumbrado político y yo por mi parte, un emigrante con una mano adelante y otra detrás.



En un momento dado ante el desespero de no encontrar una salida y cada vez con menos recursos de mis exangües ahorros, ante las pocas oportunidades conseguidas por mis propios medios, la muchacha ante el desespero me preguntó si quería que me ayudara en algo. Le respondí que necesitaba urgente un trabajo a lo que me dijo con determinación que me iba a ayudar a conseguir uno. Aún en ese momento no conocía la casta de la susodicha y en el relativamente poco tiempo que llevábamos tratándonos, tampoco conocía el alcance, audacia y determinación de la que era capaz.

Esa semana recibí una llamada que me dejó sorprendido. Era desde un ministerio donde se me invitaba para la siguiente semana, a una entrevista a determinada hora, al despacho del ministro. En efecto, el día prefijado llegó y el funcionario quien en un principio me trato con cierta displicencia.

—Solo tengo cinco minutos, porque tengo una reunión — Dijo, mientras que en apariencia observaba su fino Rolex, pero en un par de minutos, quizás al verme la cara de hambre que me acompañaba, sacó a relucir su lado humano y me preguntó en un tono más conciliador.

—¿Quieres trabajar aquí o quieres contratos?

En algunas situaciones, se debe analizar los pros y los contras de determinadas circunstancias y establecer la respuesta correcta a la velocidad de la luz. Saltar hacia adelante, aunque sea un salto poco gracioso y feo como el del sapo:

—¡Contratos! Le dije.

La causa o razón era muy sencilla. En tan corto tiempo en el desarrollo de los acontecimientos, aún no tenía resuelto la parte legal de permanencia en el país y las posibilidades de conseguir algo acorde con la preparación, eran remotas. Pero los contratos, era otro cantar. En este punto debo admitir, que, en los negocios, mis ancestros árabes habían dejado su rúbrica. Dejé mis datos y referencias con la secretaria según lo indicado y el lunes siguiente tal cual lo acordado, recibí la llamada para que fuese a buscar la orden referente al primer contrato.

En ese punto el dilema adquiría nuevas complicaciones por resolver y que debían solventarse en menos de lo que canta un gallo. A mayor compromiso, mayores incógnitas y todo daba la impresión que en apariencia quizás, se acrecentaba en una proporción geométrica las variables y complicaciones a resolver. Aún no había escuchado nada referente a la cuántica.



Ahora poseía el primer contrato, pero no tenía aún empresa ni capital con el cual resolver esa complicada ecuación.

El Mecenas

“Hombre soy, nada de lo humano me es ajeno”, como sentenció Terencio el Africano, de manera que ante este nuevo dilema y la difícil situación que se me planteaba no quedaba de otra que resolver el entuerto o morir en el intento. Comprendí de golpe y porrazo y en plena práctica, el primer proverbio popular de esa región de los muchos que iría aprendiendo con el paso de los años. Este enunciaba textualmente a la sentencia en la cual algunas veces, aunque no quieras: “¡O trepas o te encaramas!” queriendo con ello decir que solo cuentas con una sola alternativa.

El recorrer por todos los pasillos del piso sesenta y tres de una de aquellas torres en Parque Central, ya cansado y a punto de perder la esperanza, encontré casualmente un gerente de división a quien le comenté cómo se me planteaba el partido de la vida y ante la metáfora que le mencioné donde incluso estaba dispuesto a “sacrificaría el alfil” con tal de posicionarme mejor en ese tablero que es nuestra propia existencia.

Néstor B., el nuevo conocido me regaló un par de minutos de su valioso tiempo en un poco frecuente gesto humanitario y por el cual sigo teniendo fe pensando que la raza humana no todo lo tiene perdido y que aún se alcanza a descubrir en los seres humanos vestigios por los cuales no debemos perder la esperanza en ellos, me dijo:

—lo que puedo hacer por ti es enviarte a donde un amigo, quien es el mayor contratante de este organismo. Si él quiere ayudarte, es probable que te salve la campana. Lo demás ya depende de ti.

En ese momento, en mi imaginación me encontré en el centro del ruedo, en un primer y único desafío con un tremendo miura imaginario superior a todo. Solo contaba con un solo lance, un par de verónicas para entusiasmar los tendidos y al centro a terminar la faena.

Agarré en la estación Bellas Artes el metro y en diez minutos estaba en la planta baja del edificio de oficinas en Chacaíto. Ya en la antesala de la oficina del empresario, tomé la pequeña taza de café que me brindó la secretaria y al mismo tiempo, terminé de apurar de la bota ficticia el último sorbo de manzanilla.



La suerte estaba echada, salía en hombros cortando rabo y orejas o sencillamente aquello era tan solo ¡debut y despedida!

Jorge M.C. finalmente me atendió y fue al grano de inmediato. Su propuesta fue sencilla, pero razonable. Consideré que él veía aquel gesto como un juego en la ruleta, donde apostaba una pequeña cantidad al 22 rojo a ver que resultaba. Lo que quizás en su escala era una insignificancia, para mí era casi un año de sobrevivencia.

Llevaba en una carpeta un pormenorizado análisis de los costos operativos, manejados con una economía de guerra, como siempre ha sido costumbre, para maximizar los beneficios, pero él se limitó a decir,

—solo quiero saber cuánto necesitas. Cuando termines, después de devolver la inversión, los beneficios los dividimos mitad y mitad.

—Me parece justo, le dije.

La verdad estaba dispuesto a aceptar cualquier convenio, ya decía mi abuelo en sus tiempos “del ahogado, el sombrero”. Salí de aquella oficina con un cheque a mi nombre y con el interrogante, por qué alguien que no conocía, había depositado su confianza y me entregaba aquella cantidad.

Esa respuesta me la daría muchos años después, porque el resultado fue exitoso. Le devolví su inversión y los beneficios alcanzaron una cantidad igual a lo invertido. Lo que imaginaba iba a ser una larga conversación de análisis de costos se redujo. Me dijo,

—busca los trabajos que quieras que yo te financie y desde ese día nació una amistad que se ha conservado con el paso de los años...

—Pero ¿qué pasó con la chica? me dijo el amigo con quien con partía aquella historia, apurando el último sorbo de su taza de café. Yo le respondí,

—precisamente ahí radica el enigma, pero ese resto de la historia, te la contaré otro día le dije a Juan. Además, ya se terminó por hoy mi jarra.

Muchísimos años más tarde, a Juan Piñango me lo encontraría de nuevo esta vez en la ciudad de Lima, donde parodiando la frase de Unamuno "Dicebamus hesterna die" "Como decíamos ayer", continuaríamos nuestras charlas mañaneras, en especial los debates sobre temas teológicos de una media



hora, antes de iniciar la jornada de trabajo. Actualmente, de nuevo en Caracas, la taza de café virtual llega sin falta por WhatsApp a las cinco cero cero cada mañana.

Peón-Cuatro-Rey

La seguidilla de trabajos otorgados y el aprendizaje sobre la marcha de ese nuevo oficio de contratista en construcción, por alguna circunstancia que desconocía en ese momento, me hizo sentir como pez en el agua. A pesar de haber constituido una pequeña organización que no alcanzaba a una docena de personas, era compensado con la eficiencia en el manejo de los recursos y el agrupar muchas veces en una sola persona, más de una especialidad, con el paso del tiempo hacía que todo fluyera con la precisión de un reloj suizo.

Para ese momento, J. Alonso, un gallego quien hace rato ya no nos acompaña en este plano, me enseñó con detalle la técnica de "El martillo de seda", que en un libro de Trevanian, con cierta sofisticación, la leería descrita exactamente igual, pero con el nombre de "Técnica del botón apretado".

La base del personal era emigrante de un país vecino de donde era mi procedencia y donde la necesidad y carencias existentes por muchísimos años, hacía que los trabajadores en sus diferentes oficios, estuviesen acostumbrados a resolver casi como si se tratara de magia, los problemas cotidianos de la más variada índole y de la manera que se presentaran. Manejaban como expertos la solución de los más complejos interrogantes, verdaderos maestros en el hecho de hacer de tripas corazón.

De verdad si abandonamos la soberbia por unos segundos y sabemos poner la debida atención, todos los días podemos aprender algo nuevo, enriqueciendo la experiencia del sencillo acto de existir.

La puesta en práctica de una serie de conocimientos aprendidos que permanecían escondidos en el subconsciente en la facultad de arquitectura, salían a flote de los surcos de la memoria y explotando como luces de bengala, resultando ser en su momento de extraordinaria utilidad.

Algunas veces en la oficina de Jorge M.C. en los breves minutos que utilizábamos como break para un café, sosteníamos cortas e interesantes charlas sobre los más diversos temas. Sus enseñanzas en el campo de la contratación y el manejo del negocio, resultaron ser con el tiempo, de un gran valor.

Sus ancestros italianos, también habían dejado su rúbrica y se ponían de manifiesto. Años más tarde visitando Italia, pude comprobarlo de cerca en Roma, Florencia, Venecia y otras ciudades más pequeñas de



la bota itálica y cuyos nombres ya no recuerdo. No resultaba tan complicado descifrar en cierta forma, el genio creativo de los grandes maestros renacentistas. Lancé mi puñado de monedas por encima del hombro en la Fontana di Trevi deseando retornar alguna vez, pero es muy probable que ya no sea por lo menos en esta vida.

Mucho tiempo después, pude comprobar que había tenido la suerte de aprender de uno de los mejores en su experticia y el a su vez, pude darme cuenta también con el tiempo, disfrutaba los cortos relatos que ya desde esa época escribía sobre los más variados temas de lo mundano y lo divino, aunque todavía no los había agrupado con el pomposo título de "Historias verdaderas o puro cuento".

Al año siguiente, había ahorrado lo suficiente para financiar mis propios proyectos, de manera que le participé que me abría, lo que al principio le trajo cierta contrariedad y disgusto, porque en su opinión, consideraba que aún no tenía alas suficientes para volar. Pero ya el movimiento peón-cuatro-rey había sido hecho y la decisión estaba tomada.

En mi vida personal, la relación con aquella muchacha continuaba. Finalmente comenzamos a convivir ubicándonos en un sitio de la ciudad donde resultara estratégico para la actividad económica que realizaba.

La joven dada su astucia natural, desempeñaba algunas actividades referentes a las labores administrativas. Las obras se multiplicaban, lo mismo que lo facturado. El estar metido de pies y cabeza y dedicar gran parte de las horas del día a esa actividad incluyendo los fines de semana, por un largo período, impidió que me diera cuenta de algo que estaba sucediendo.

Mi compañera que nunca en su vida había manejado esos volúmenes de ingresos, ni yo tampoco, perdió el rumbo en el manejo de gastos y fue entonces que caí en cuenta que por más ingresos que entraran, estos caían en una especie de saco roto y por consiguiente, por mucho que se produjese, el patrimonio no crecía, sino todo lo contrario.

Hace poco leí un artículo de un joven financista que tengo la suerte de conocer en Lima, José R., donde mencionaba como ejemplo los ingresos gigantescos de un boxeador estadounidense y como a pesar de ello, cada determinado tiempo, debe regresar de su retiro por estar casi quebrado tocándole boxear de nuevo.



Guardando las proporciones, esto era lo que estaba sucediendo y era que, al inicio de la aventura, por no haber aún solucionado en aquel momento lo referente a la parte legal de permanencia, tuve que registrar la empresa, cuentas bancarias y todo lo relacionado con la base para contratar a nombre de aquella muchacha. En otras palabras, estaba completamente en sus manos.

Mate Pastor

Debo admitir en esta parte que, desde aquel momento del encuentro con la joven en esa cafetería, en aquella distante época en que fui blanco de las pelotitas de papel, el tiempo siempre tan relativo, había transcurrido a una velocidad inusitada. Cinco años habían transcurrido en un abrir y cerrar de ojos.

Debido a la traición y el desengaño del pasado, en la ya lejana adolescencia, los hechos sucedidos habían dejado una profunda herida y consideraba que la parte correspondiente al amor y los sentimientos, era un tema con unas características que podía considerar aplazadas, por lo menos por un tiempo que aún no determinado y en consecuencia debía concentrarme completamente en el desarrollo de otras iniciativas más prácticas y menos idealistas, de tal manera que decidí no complicarme la vida en una trama tan espinosa.

Mis intereses estaban claramente definidos en centrar todas las energías y los pensamientos en lo concerniente a la sobrevivencia, para una vez consolidada esa parte, entonces sí, sentarme a pensar en cualquier otro proyecto o iniciativa que fuese más humano o más cercano a temas sentimentales, místicos o espirituales.

Con ello claramente definido, consideré que por el momento no debía perder el tiempo al menos, mientras lograba sanar ese romántico corazón, quien como lo describiría tan acertadamente Alejandro Sanz en "Corazón partió" de las heridas de aquel lejano desengaño. Ya encontraría el tiempo de recoger los pedazos de ese roto corazón, pegarlos y pensar cómo resolver una trama tan complicada.

Pero en este caso, en un intento desesperado por salvar el patrimonio que se diluía rápidamente como arena entre los dedos, tomé uno de las decisiones más absurdas que pude tomar un ser humano. Una relación cimentada no en el amor sino en el interés, está condenada desde sus inicios al fracaso. Me casé para salvar el cincuenta por ciento que aún sobrevivía de lo existente hasta ese momento, ya que legalmente no tenía como demostrar que alguna parte de aquel patrimonio pudiera pertenecerme. Craso



error. En menos de lo que canta un gallo, la parte de mi compañera se volvió sal y agua y la mía comenzó a evaporarse rápidamente.

Habiendo perdido el sueño y sumido en un insomnio que ya era persistente, sin la más mínima tranquilidad y sin esperanza de que algo pudiera mejorar, llegué a la conclusión que debía terminar esa relación completamente toxica, antes de que la situación acabase conmigo.

De nuevo, como al principio de las cosas, tomé dos camisas y dos pantalones en un pequeño maletín como ya lo había hecho en el pasado cuando salí en busca de mi destino y abandoné derrotado aquel hogar dejando todo atrás para siempre. Ya esa moda de una mano adelante y otra detrás, no me era desconocida.

Fue entonces en ese momento cuando verdaderamente tomé conciencia del tiempo transcurrido, me embargó una paz y la sensación de tranquilidad que hacía mucho tiempo no disfrutaba. Ello me permitió de nuevo conciliar el sueño y en un abrir y cerrar de ojos, se hizo la luz. Había pasado un lustro desde el día en que fui blanco de aquellas peloticas de papel.

Con esa tranquilidad que solo poseen los predestinados, me senté de nuevo en otra cafetería y pedí uno recién hecho. El agradable aroma inundó el recinto, escapó por la ventana donde la cornisa estaba resguardaba por un apretado seto de rosas y girasoles.

Cerré los ojos y suspiré profundamente. Esta vez, estaba absolutamente convencido que ni siquiera un terremoto me haría voltear de nuevo buscando el origen.

Tiempo después de la manera más insólita y sin buscarlo, en un viaje de dos horas en un autobús como pasajero, se sentaría a mi lado la persona que iría a convertirse en la respuesta a los interrogantes del amor, quien llenaría todos los espacios y borraría todas las nostalgias y que desde ese momento y para siempre, me acompañaría para siempre hasta el final de mis días.

CARACAS, 29 marzo 2.022.